ESPERANDO A UN NARCISO POSTPOSTMODERNO. LA IRONÍA ICONOCLASTA POSTMODERNA COMO ARMA DE DOBLE FILO

Jiří Chalupa

Katedra romanistiky, Filozofická fakulta, Univerzita Mateja Bela,
Tajovského 51, 974 01 Banská Bystrica, Eslovaquia
jchalupaol@seznam.cz

WAITING FOR A POST-POSTMODERN NARCISSUS. POSTMODERN ICONOCLASTIC IRONY AS A DOUBLE-EDGED SWORD

Abstract: The present text shows, in the first part, specific examples of how the ironic, sarcastic, parodic, and iconoclastic procedures often used by many authors of postmodern prose destroy/deconstruct what in this work are called "auras" and which can be designated with the synonym "small myth" about certain social phenomena, a "minimyth" that helps some social activities and processes to function smoothly. This iconoclastic behaviour, both of a deliberate type and the type that occurs as "collateral damage", will be observed in fragments of texts by three Spanish authors: Eduardo Mendoza, Arturo Pérez-Reverte, and Juan Eslava Galán. In the second part, the paper will focus on the consequences, both actual and potential, of the process of deconstructing myths and "auras" that originally aroused hopes and illusions about a new open space for changes and transformations in the sense of a freer, more rational and more functional thought and society. Then, relying in part on the analyses of respected critical minds of the last four decades, such as, for example, Gilles Lipovetsky, David Harvey, or David Foster Wallace, a rather negative and in some aspects even alarming balance of the actual results of those historical transformations will be presented. And that in various fields of social life: in politics, in personal intercommunication, in the ways of seeking information, in the ways of spending free time, in the desire to find a stable substitute for the relativized and discredited Truths. Next, a brief analysis will be performed of the new phenomena that appear within postmodernity, such as individualistic narcissism and the consequent egotism, the dictatorship of fashion and of the simplistic image, the society of seduction, the slavery of the self, etc.

Keywords: irony; parody; iconoclasm; postmodernity; deconstruction; demystification

Resumen: El presente texto en su primera parte muestra ejemplos concretos de cómo los procedimientos irónicos, sarcásticos, paródicos e iconoclastas al mismo tiempo que con

frecuencia utilizan muchos autores de la prosa postmoderna destruyen / deconstruyen lo que nosotros llamamos «auras» y lo que se puede designar con un sinónimo de «pequeño mito» acerca de ciertos fenómenos sociales, un «minimito» que ayuda a un suave funcionamiento de dichas actividades y procesos. Vamos a ver este proceder iconoclasta, tanto el deliberado como el que se produce como un «daño colateral», en los fragmentos de textos de tres autores españoles: Eduardo Mendoza, Arturo Pérez-Reverte y Juan Eslava Galán. En la segunda parte, el artículo se fijará en las consecuencias, tanto las reales como las potenciales, del proceso de la deconstrucción de mitos y «auras» que originalmente despertaba esperanzas e ilusiones acerca del nuevo espacio abierto para cambios y transformaciones en el sentido de un pensamiento y una sociedad más libres, más racionales, más funcionales. Luego, apoyándonos en parte en los análisis de respetadas mentes críticas de las últimas cuatro décadas, como, p. ej., Gilles Lipovetsky, David Harvey o David Foster Wallace, presentaremos un balance más bien negativo y en ciertos aspectos incluso alarmante de los resultados concretos de aquellas transformaciones históricas. Y eso en varios campos de la vida social: en la política, en la intercomunicación personal, en los modos de buscar información, en las maneras de pasar el tiempo libre, en el deseo de encontrar algún sustituto estable de las Verdades relativizadas y desacreditadas. A continuación vamos a analizar brevemente los nuevos fenómenos que van apareciendo dentro de la postmodernidad, como son el narcicismo individualista y el egotismo consecuente, la dictadura de la moda y de la imagen simplista, la sociedad de la seducción, la esclavitud del *self*, etc.

Palabras clave: ironía; parodia; iconoclasia; postmodernidad; deconstrucción; desmitificación

La Ilustración ha muerto, el marxismo ha muerto, el movimiento obrero ha muerto... y el autor no se siente demasiado bien.

Neil Smith

1. Las «auras» y nosotros

Las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa: ésta es la alegre novedad.

Gilles Lipovetsky

El objetivo de este artículo es relativamente limitado: quiere llamar la atención sobre posibles riesgos de destruir –deconstruir, para recurrir a un término tal vez aún más adecuado– mediante el discurso irónico, sarcástico, satírico o paródico, tan frecuente en la época y en la literatura postmoderna, lo que vamos a llamar «auras». Para nosotros, en las siguientes líneas, el «aura» será una especie de «pequeño mito» acerca de cierta profesión, un fenómeno o un mecanismo social, una tradición histórica, etc.,[1]

[1] Originalmente jugábamos con la idea de recurrir al término «desmitificación», pero tras meditarlo con más profundidad, hemos llegado a la conclusión de que no es aconsejable simplificar la situación hasta tal punto. El término «desmitificación» ya tiene una relativamente larga historia durante la cual en su mayor parte se aplicaba a la deconstrucción, tanto espontánea como intencional, de los auténticos mitos, no de lo que queremos presentar bajo el término «auras». Además, es recomendable distinguir entre lo uno y lo otro, ya que existe igualmente la parodia postmoderna de los mitos clásicos, es decir, una «pura desmitificación». Pongamos como ejemplo la novela *Los estados carenciales* de Ángela Vallvey, Premio Nadal 2002, que juega directamente con uno de los más conocidos antiguos mitos griegos, el de Ulises. En la versión de Vallvey Ulises, un pintor de éxito, se separa de Penélope, una diseñadora

un «minimito»[2] capaz de generar alta aceptación social que facilite el buen funcionamiento, o, tal vez, mejor dicho, más suave recepción social de semejante actividad/fenómeno, ya que la sostiene, «apuntala», con grandes dosis de confianza deducida de la tradición y de la buena reputación conseguida a lo largo del pasado. Algunas profesiones, p. ej., pueden desempeñarse con éxito dentro de la sociedad en parte gracias a tales «auras»: médicos, líderes políticos, al igual que los militares, capitanes de naves y pilotos de aviones, pero probablemente también los maestros y profesores de todo tipo, si no queremos decir más en general intelectuales, o hasta «expertos».

Junto a estas «auras profesionales» –que en parte podrían entenderse como sinonímicas con términos tipo «estereotipo social» o «prestigio social de cierta profesión» basado más que nada en la tradicional reputación de la que gozan o, mejor formulado, gozaban, pensando en el tema de nuestro razonamiento–, podríamos mencionar otras clases de «auras»: las institucionales –la Iglesia vista como una eficaz intermediaria entre Dios y su pueblo, llena de santos y personajes admirables e impecables; el Ejército interpretado como el Gran Protector de la Independencia Nacional y un útil guardián de la Nación frente a los enemigos pérfidos y peligrosos–, las «auras» de fenómenos socio-político-históricos –la Guerra como cuna y forja de los Verdaderos Hombres que, mediante la sangre derramada, convierte la tierra anónima en la Patria–, la Nación –entendida como un Sagrado Colectivo que protege, proporciona identidad y funciona como una Gran Familia– o las «auras» puramente históricas –los Reyes Católicos como creadores del Siglo de Oro y de la grandeza de España que más tarde se produce bajo los Austrias, sin mirar y analizar el precio que tuvo que pagarse para conseguir dicho objetivo, p. ej., la eliminación de la tradicional condición multirreligiosa y multicultural de la España de la Reconquista, por mencionar tan solo una de las numerosas sombras de los tiempos glorificados de los RR. CC.–. Cuando deja de marchar bien el «sistema de auras», se produce inestabilidad, desconfianza, caos, pueden aparecer serios disturbios sociales. Creemos que hoy, en una atmósfera de relativización extrema y universal que ha traído la postmodernidad, ya se pueden rastrear los primeros síntomas de un proceso cuyas consecuencias a largo plazo todavía no somos capaces de predecir, sin embargo, sabemos que sin duda alguna serán considerables. Muchos facultativos cuentan, sorprendidos, hasta asustados, que a medida que va decayendo la confianza de los pacientes en sus médicos, con intensidad creciente empieza a trabajar el intrépido Doctor Google y muchos enfermos «descreídos» recurren a unos autoexámenes diagnósticos por ordenador, experimentos indudablemente atrevidos, pero peligrosísimos al mismo tiempo. La desconfianza en los profesores encumbra a la Reina Wikipedia, los expertos en muchas ocasiones se ven reemplazados por los

de modas, y, cuidando del hijo de ambos, Telémaco, ingresa en una academia privada de autosuperación. Para complicarlo todo aún más, en algunos pasajes del texto aparecen alusiones también al otro famoso Ulises de la historia literaria, el de James Joyce.

[2] Lo que nosotros tenemos por «aura», no coincide del todo ni con el mito etno-religioso, es decir, antropológico, ni con el mito literario. Por otro lado, comparte con ellos muchos rasgos, incluido el importante papel que desempeñan el mito como el «aura» en un fácil desarrollo de muchas actividades sociales.

«gritos emotivos» de la prensa amarilla –si no de colores peores–, sírvanos el de momento catastrófico Brexit codirigido por el imperio mediático de Rupert Murdoch como escarmiento. La destrucción de la reputación de los *mass media* tradicionales conduce a una proliferación inaudita de las páginas web «alternativas», llenas de teorías ultraconspirativas, si no de estupideces y disparates sin más. Y esta caída, sin precedentes, de las jerarquías de fuentes de información establecidas, conduce a la «autoinformación» en las cada vez más tupidas redes sociales, con la consecuente llegada de Donald Trump y su estilo político basado en «payasadas tuiteadas» al igual que otras catástrofes semejantes. Creemos que esta situación actual poco satisfactoria podría deberse, en parte, a la rápida e intensa extinción de las «auras», tradicionales acompañantes –o hasta sostenes– de una gran cantidad de fenómenos sociales, económicos, culturales y políticos. Y pensamos que no se puede descartar del todo la posibilidad de que en el proceso de aquella extinción quizás histórica de «pilares del orden» haya jugado un papel nada desdeñable la actitud irónica, sarcástica, despectiva e iconoclasta de muchos intelectuales y artistas postmodernos.

2. En el reino de la ironía

La ironía ha pasado de liberar a esclavizar.
David Foster Wallace

Ya hace un cuarto de siglo, decía Linda Hutcheon, la gran experta en lo irónico y paródico: «La parodia –a menudo llamada cita irónica, pastiche, apropiación, o simplemente intertextualidad– es considerada comúnmente un fenómeno que se halla en el centro del postmodernismo, tanto por los detractores como por los defensores de este último» (Hutcheon 1993: 187). Revisando las grandes e influyentes obras literarias de los últimos cuarenta años, da la impresión de que efectivamente un humor irreverente, blasfemo, iconoclasta, sacrílego, con frecuencia hasta agresivo, ha sido uno de los principales principios creadores de los autores literarios de la época postmoderna. Hablando de la parodia, parece como si el terreno susceptible de ser invadido por ella se fuera ensanchando notablemente. Originalmente se suponía que la parodia era un género exclusivamente intertextual y las cadenas entre el texto de partida y el texto paródico se consideraban como muy estrechas. Lauro Zavala hace un par de años ya distinguía entre una intertextualidad moderna y una postmoderna. La primera «se caracteriza por ser pretextual, es decir, por apoyarse en textos particulares», mientras que en la postmoderna se podía observar el apoyo más general, en reglas de género (Zavala 2007: 339). L. Hutcheon, a su vez, veía la parodia desde una perspectiva todavía más amplia, como un procedimiento que tiene como blanco «another work of art or, more generally, another form of coded discourse» [otra obra de arte o, más en general, otra forma de discurso codificado] (Hutcheon 2000: 16). Un gran tema polémico de las últimas décadas ha sido –y sigue siendo– el propósito y los resultados de tanta actividad irónica, paródica y satírica. L. Hutcheon, p. ej., insiste en que la parodia como tal no necesariamente debe ridiculizar. Según ella, mientras el ethos satírico automáticamente marca una valoración despreciativa, el ethos paródico se presenta

como «no marcado» y puede ser lúdico o neutro, respetuoso o contestatario. En otras palabras, la parodia, a diferencia de la sátira, no tiene por qué ser automáticamente subversiva. La compleja relación entre la ley y su transgresión marca una contradicción que le permite a la parodia dos caminos: puede ser normativa y conservadora o provocativa y revolucionaria (Hutcheon 2000: 76). Y Joanna Castilla Wilson opina que: «Al contrario de la traducción, la parodia aprovecha la distancia que separa el contexto original de producción del contexto de recepción para establecer un juicio valorativo. En contraposición a la noción generalizada de parodia como sátira, burla o pastiche, se hace necesario destacar el carácter crítico del mecanismo, puesto que debe ser entendido como un procedimiento intertextual con una profunda intencionalidad crítica, y no como mero juego estilístico» (Castilla Wilson 2008). Patrice Pavis va todavía más lejos y en vez de interpretar la parodia como una herramienta de análisis crítica afirma que: «Siendo a la vez cita y creación original, mantiene con el pretexto estrechas relaciones intertextuales. En grado superior a la imitación grosera (el pastiche) o la caricaturización, la parodia muestra el objeto parodiado y a su manera le rinde homenaje» (Pavis 1998: 328).

A nuestro parecer, como teoría lo arriba mencionado puede ser cierto, la duda surge en la práctica, cuando leemos la literatura postmoderna, ya que uno fácilmente puede fijarse en que tanto en lo satírico como en lo paródico últimamente prevalece una extrema subversión, una vena de «destrucción en masa», a veces casi gratuita, arbitraria, con frecuencia alarmantemente nihilista. Valorar en la postmodernidad, en muchísimos casos equivale a condenar, o incluso ultrajar, denigrar y desacreditar. La burla a menudo se transforma en desprecio, en un desdén soberbio que no conduce a ninguna alternativa, solamente niega y rechaza. Efraín Trava está convencido de que: «En la actualidad la ironía es un recurso nihilista. A través de esta la cultura postmoderna encubre sus verdades emocionales. Del frustrado acto catártico postmoderno, del *semillanto,* del *casigrito,* de la *seudorrisa,* queda la irreverencia. Qué mejor forma de expresar el pesimismo generalizado si no la de la ironía iconoclasta. La ironía que empodera» (Trava 2010). Nosotros opinamos que las líneas divisorias arriba mencionadas entre la parodia como una crítica potencialmente constructiva, una crítica que no pierde cierto respeto hacia el objeto parodiado, y la sátira o pastiche como pura ridiculización despectiva, en la práctica postmoderna se están difuminando, fundiéndose a veces lo primero con lo segundo en un gran empeño de parodiar/satirizar la realidad, tanto la literaria, como la extraliteraria, en un esfuerzo constante de parodiar por parodiar y no por otra cosa y con otro objetivo. La convicción de que ser irónico, o hasta sarcástico, se va trasformando en un nuevo estilo de pensar, ver las cosas y expresarse para muchos intelectuales no es solamente una sensación nuestra. David Foster Wallace, el autor de *La broma infinita* (*Infinite Jest*, 1996), se muestra rotundo en este sentido: «Aparentemente, todo lo que queremos hacer es seguir ridiculizando las cosas. La ironía postmoderna y el cinismo se han convertido en un fin en sí mismos, en una medida de la sofisticación en boga y el desparpajo literario. El problema es que, más allá de que haya sido malinterpretado, lo que nos ha llegado del auge de la postmodernidad es sarcasmo, cinismo, un *ennui*

permanente, recelo de toda autoridad, recelo de toda restricción al comportamiento y una terrible tendencia a hacer diagnósticos irónicos de lo que nos desagrada, en vez de la ambición no solo de diagnosticar y ridiculizar, sino de solucionar. Hay que entender que esto ha permeado nuestra cultura. Se ha convertido en nuestro idioma; estamos tan metidos en ello que ni siquiera percibimos que es una entre muchas maneras de ver. La ironía postmoderna se ha convertido en nuestro hábitat» (cit. en Rivas 2014). Y Fredric Jameson sostiene que en la época de la llegada de la postmodernidad la parodia se ve eclipsada por el pastiche que, según su opinión, no es otra cosa que «una parodia vacía, una estatua con cuencas ciegas» (Jameson 1991: 37). Al fin y al cabo, ya Freud estaba convencido de que la parodia, junto con el travestismo, «obtiene el rebajamiento de lo sublime» (Freud 1979: 191). Es evidente que podemos –ya que somos capaces de eso– rebajar lo que queramos, para una mente despierta una crítica demoledora mediante la ironía iconoclasta no es tarea extremadamente difícil. La cuestión es: ¿para qué?, ¿con qué fin?, ¿qué será lo siguiente? Esa es la pregunta clave que se hizo D. F. Wallace: «el sarcasmo, la parodia, el absurdo y la ironía son formas geniales de quitarle la máscara a las cosas para mostrar la realidad desagradable que hay tras ellas» [pero, tras haber aplicado esta herramienta y hecho el trabajo diagnóstico] «surge el problema de que una vez desacreditadas las reglas del arte, y una vez que las realidades desagradables que la ironía diagnostica son reveladas y diagnosticadas, ¿qué hacemos entonces?» (cit. en Rivas 2014). Y ¿cuáles serán las consecuencias?, añadimos nosotros.

3. Los iconoclastas españoles al ataque

El que lee una obra de ficción y no se cree nada de lo que allí se cuenta, va mal; pero el que se lo cree todo, va peor.

Eduardo Mendoza

Veamos un par de ejemplos concretos de cómo los novelistas españoles en los últimos cuarenta años fueron cumpliendo con los deberes de la deconstrucción irónica y paródica descrita en párrafos anteriores. Uno de los primeros escritores que entró en el escenario de la literatura española postmoderna armado de sarcasmo y caricatura y decidido a cortar con estas armas muy afiladas por lo sano, sin mirar demasiado a la izquierda o a la derecha, ha sido Eduardo Mendoza. Como afirmaba Eduardo Ruiz Tosaus: «[en los textos de Mendoza] nada es lo suficientemente sagrado para no hacer burla de ello: gobernantes, reyes, burgueses, empresarios de última hornada, arribistas.» (Ruiz Tosaus 2001) Traducido del marco teórico a un texto prosaico concreto, aquí viene un retrato realmente genial que hizo E. Mendoza del mundo de la política democrática cotidiana, rutinaria, enviciada, podrida, llena de cinismo, de trucos sucios, si no directamente de estafas y crímenes peores en *La aventura del tocador de señoras*; todo eso se puede apreciar en el discurso inolvidable del alcalde de Barcelona, un arquetipo de todo lo que en España en aquella peculiar disciplina de la corrupción política precedió (Juan Guerra, Luis Roldán) y de todo lo que sucedería (el caso Bárcenas y sus tupidas ramificaciones que hoy en día se han

materializado en unas cuantas docenas de políticos condenados a prisión, o el caso Nóos que afectó de pleno a la misma Familia Real):

> Ciudadanas y ciudadanos, amigos míos, permitidme interrumpir vuestra vacía cháchara para explicaros el motivo de esta convocatoria intempestiva y del sablazo que la acompaña. Hace un momento nuestro gentil anfitrión, el amigo Arderiu, a quien tanto debemos, sobre todo en metálico, me decía que el tiempo vuela. Al amigo Arderiu Dios no le ha conseguido muchas luces; todos estamos de acuerdo en que es un imbécil. Pero a veces, pobre Arderiu, dice cosas sensatas. Es cierto: el tiempo vuela. Acabamos de guardar los esquís y ya hemos de poner a punto el yate. Suerte que mientras nos rascamos los huevos la bolsa sigue subiendo. Os preguntaréis, ¿a qué viene ahora esta declaración de principios? Yo os lo diré. Se avecinan las elecciones municipales. ¿Otra vez? Sí, majos, otra vez... No hace falta que os diga que me presento a la reelección. Gracias por los aplausos con que sin duda recibiríais este anuncio si no tuvierais las manos ocupadas. Vuestro silencio elocuente me anima a seguir. Sí, amigos, vuelvo a presentarme y volveré a ganar. Volveré a ganar porque tengo a mis espaldas un historial que me avala, porque lo merezco. Pero sobre todo porque cuento con vuestro apoyo moral. Y material. No será fácil. Nos enfrentamos a un enemigo fuerte, decidido, con tan pocos escrúpulos como nosotros, y encima un poco más joven. Arderiu tenía razón: el tiempo vuela, y hay quien pretende aprovecharse de esta enojosa circunstancia. Los que pretenden tomar el relevo alegan que ya hemos cumplido nuestro ciclo, que ahora les toca a ellos el mandar y el meter mano en las arcas. Tal vez tengan razón, pero ¿desde cuándo la razón es un argumento válido? Desde luego, no es con razones con lo que me moverán de mi poltrona (Mendoza 2003a: 132-133).

Leyendo semejante «declaración de principios» uno no puede dejar de pensar en la foto netamente histórica en la que está retratado Iñaki Urdangarín, el exduque de Palma de Mallorca, como entra, con una modesta mochila al hombro, en la prisión de Brieva para cumplir su condena de más de cinco años por varios delitos fiscales, en la misma cárcel donde había cumplido, hace años, su sentencia Luis Roldán, el exdirector de la Guardia Civil castigado por delitos bastante parecidos. Y en cuanto a los a veces increíbles chanchullos económicos que salieron a la luz en 2008 y los años siguientes, uno podría leer como perfecta profecía las siguientes líneas de *Sin noticias de Gurb*, el pasaje muy elocuente que Mendoza dedicó a las aventuras del *business* inmobiliario en la Barcelona olímpica hace un cuarto de siglo:

> 10.00 Entra en la sala una señorita y nos hace formar en tres grupos: a) el de los que quieren comprar un piso para habitarlo, b) el de los que quieren comprar un piso para blanquear el dinero negro y c) el de los que quieren comprar un piso en la Villa Olímpica. Una pareja con un lactante y yo formamos el grupo a. 10.15 Los integrantes del grupo a somos conducidos a un despacho sobrio. A la mesa se sienta un caballero de barba blanca, cuyo aspecto rezuma probidad. Nos explica que la coyuntura es difícil, que hay más demanda que oferta y viceversa. Nos insta a renunciar al engañoso binomio calidad-precio. Nos recuerda que esta vida no es más que un valle de lágrimas de alto standing. A medio sermón se le desprende la barba postiza, que arroja a la papelera» (Mendoza 2003b: 50).

Para Mendoza la parodia (o la caricatura, si se quiere, el escritor evidentemente no se preocupa mucho por la pureza terminológica) siempre ha sido uno de los métodos clave de su creación artística. Y parece que casi siempre se trataba de un sincero intento de utilizarla no solamente como un procedimiento para entretener

a los lectores, sino asimismo –y tal vez sobre todo– como una herramienta de análisis social profundo y sofisticado. Él mismo explicaba al respecto: «Mis novelas son una parodia. No una parodia con el puro y exclusivo fin de ridiculizar. Más que parodiar, caricaturizo porque trato de descubrir los rasgos característicos, utilizando el humor y siendo más real que la vida misma. La caricatura, si es buena, es más retrato que el retrato. Es lo que intento.» (Cit. en Ruiz Tosaus 2002) Si tales retratos-ataques provenientes de la pluma de uno de los mejores estilistas de las letras españolas no habrán podido causar ciertos «daños colaterales» no planificados, eso ya es otra historia, volveremos al tema en el siguiente subcapítulo.

Otro ejemplo muy significativo de lo que es minar las grandes auras de los Gigantes Históricos –quienes, en el fondo, en muchas facetas suyas siguen siendo muy actuales– es quizá la mejor y la más sofisticada (si bien bastante olvidada tanto por la crítica como por los lectores) novela de Arturo Pérez-Reverte titulada *La sombra del águila*, publicada por primera vez en el año 1993. El libro cuenta la historia, mitad ficticia, mitad basada en hechos reales, de un batallón de infantería compuesto de antiguos prisioneros españoles, convertidos, no precisamente por las buenas, en una parte integrante del Gran Ejército liderado por el emperador francés Napoleón que se proponía conquistar Rusia y hacerse el gobernante indiscutible de toda Europa continental. Los españoles, hartos de la guerra, del inhóspito paisaje ruso y del Pequeño Gran Hombre de Córcega, un ser patológicamente ambicioso al que llaman el «Petit Cabrón», intentan, durante una de las batallas encarnizadas contra los rusos, pasarse a las líneas enemigas. Sin embargo, en el caos de la matanza, su intento de traición es interpretado erróneamente, tanto por el emperador francés como por los soldados rusos, como un contraataque audaz, así que los desertores, en una de estas extraordinarias ironías de la Historia, se transforman, sin querer, en héroes. Destino a primera vista envidiable que, no obstante, a la larga se convertirá en una victoria pírrica, ya que en vez de salvarse las vidas como prisioneros de los rusos tendrán que marchar junto con el resto de la *Grand Armée* hasta Moscú y luego, tras la «conquista» de la ciudad vacía y quemada, volver, en pleno invierno ruso, a Europa Central, sufriendo una odisea sangrienta que acabará con la mayoría de ellos. Y precisamente aquella original historia, mitad conmovedora, mitad humorística, ya que el autor no escatima ironía y sarcasmo para mostrar lo cruel e insensato, pero también monótono, rutinario y repetitivo que es la guerra, es utilizada por Pérez-Reverte como un lienzo sobre el que se lleva a cabo una gran deconstrucción iconoclasta de todas las posibles auras que puedan haber sobrevivido hasta hoy en los manuales de historia, en las películas y libros dedicados a los tiempos napoleónicos, en la propaganda francesa del Gran Modernizador de Europa. Del pincel inmisericorde de Pérez-Reverte nace un personaje muy, pero muy distinto:

> –¡Lafleur!
> –A la orden, Sire.
> –Escriba a París. Estimados, etcétera, dos puntos. Sbodonovo está a punto de caer, moral alta, victoria segura –echó un vistazo rápido al flanco derecho, donde el humo de las explosiones ocultaba en ese momento al [regimiento] 326–. Mejor escriba prácticamente segura, por si acaso.

–El adverbio es superfluo, Sire –insinuó Lafleur, que era un mariscal miserable y pelota.
–Bueno, pues elimine el adverbio. Y añada que Moscú es nuestro, o casi.
–Muy bien, Sire –Lafleur escribía a toda prisa, con la lengua en la comisura de la boca, muy aplicado–. ¿Qué frase histórica ponemos esta vez como fórmula de despedida?
–No sé –el Enano paseó la vista por el campo de batalla–. ¿Qué le parece en el corazón de la vieja Rusia quince siglos nos contemplan?
–Magnífica. Soberbia. Pero ya usasteis una parecida, Sire. En Egipto. ¿Recordáis? Las pirámides y todo eso.
–¿De veras? Pues cualquier otra –el Enano echó un nuevo vistazo alrededor, deteniéndose otra vez en la humareda que ocultaba al 326–. Algo de las águilas imperiales. Siempre queda bien eso del águila. Tiene garra (Pérez Reverte 1993: 67-68).

Napoleón es presentado no como un genio y un gran personaje histórico,[3] si bien discutible y polémico desde el punto de vista moral o ético, sino como un simple tipo hiperambicioso que apenas destaca en otra cosa que en tratar de satisfacer continuamente su ego hipertrofiado, sacrificando ideales, pero también naciones, países y miles y miles de vidas humanas para sentirse más importante, al parecer, su único deseo y su única motivación. Un personaje bastante parecido al de Frank Underwood, el presidente maquiavélico de la serie *House of Cards*, un retrato totalmente demoledor de lo que pueda persistir de un aura antaño casi imponente de la Casa Blanca de Washington. Frank Underwood[4] no es movido ni por ideas, menos todavía por ideales, ni por un deseo de realizar proyectos grandiosos y escribir así su nombre en los libros de historia. Es un miserable psicópata de claras tendencias sociopáticas, víctima de una juventud problemática –por lo visto, al igual que Kevin Spacey, su encarnación artística– que no quiere nada más que saciar sus aberrantes instintos. Y le funciona. ¡Vaya cómo le funciona! Subrayemos, además, que la serie se basa en un argumento literario, en la novela *House of Cards* del autor británico Michael Dobbs que, a su vez, se inspiró en la vida política real, en la que el autor participó, a mediados de los años ochenta, muy activamente como *Chief of Staff* de la primera ministra Margaret Thatcher a la que solía referirse como a «Maggie». Dentro de este contexto vale la pena añadir la información de que, tras la subida al poder de Donald Trump, algunos actores de la serie han advertido que lo virtual en ciertos aspectos se ha quedado superado por lo real. Michael Kelly que interpreta el oscuro y nefasto personaje de Doug Stamper, el jefe de gabinete de la Casa Blanca, opina que: «La locura que está ocurriendo con este gobierno... la gente va a ver "House of Cards" y va a pensar que lo que sucede en la serie no es tan loco» (Melas 2017). Y para ser políticamente correctos –o al menos equilibrados– al igual que para mantener cierta perspectiva de distanciamiento, propia de cualquier intelectual que pretende buscar una mirada «neutra«, mencionemos que el anterior habitante de la

[3] Tal como lo valoraba uno de los colegas escritores de Pérez-Reverte, Juan Eslava Galán, quien afirmaba que Napoleón fue «una de las grandes figuras de la humanidad, por consolidar los logros de la Revolución Francesa» (Sigüenza 2012).

[4] Si bien presidente ficticio, cuenta hoy con una entrada en la Wikipedia anglosajona casi igualmente voluminosa que una buena parte de los presidentes estadounidenses reales, otro signo de la culminación del proceso de la virtualización postmoderna. Véase <https://en.wikipedia.org/wiki/Frank_Underwood_(House_of_Cards)>.

Casa Blanca, Barack Obama, en repetidas ocasiones se autodefinió como un «rendido admirador» de la serie, pidiendo incluso en uno de sus tuits –la plaga de los tuits en realidad no empezó con Trump por mucho que pudiera parecer lo contrario– que nadie le desvelara la trama de la nueva temporada que por aquel entonces estaba a punto de empezar (Harrer 2014).

Volviendo a la Rusia de hace doscientos años, todavía peor salen retratados en el texto de Pérez-Reverte otras Grandes Figuras históricas, como, p. ej., el mariscal Murat, cuñado de Napoleón, gran duque de Berg y rey de Nápoles durante siete años. El héroe de Ulm, Austerlitz y Jena, mundialmente conocido también por su actuación brutal en Madrid a principios de mayo de 1808, retratada de manera inmortal por Goya, es presentado como un auténtico cretino:

> Murat no era exactamente lo que entendemos por un tipo modesto. En cuanto a erudición, nunca había ido más allá de deletrear, no sin esfuerzo, el Manual Táctico de Caballería del ejército francés, que tampoco era precisamente la Crítica de la razón pura de don Emmanuel Kant. «El arma básica de la Caballería –empezaba el manual– se divide en dos: caballo y jinete...», y así durante 250 páginas. Respecto a lo del llegué y vi, Murat se lo había apropiado de un libro de estampas de sus hijos, algo que un general griego, o tal vez fuera romano, había dicho frente a las murallas de Troya cuando aquella zorra dejó a su marido para escaparse con un tal Virgilio, después de meterse dentro de un caballo de madera. O viceversa. Murat estaba muy orgulloso de haber retenido esa frase, que con la de «Y sin embargo, se mueve», de aquel famoso condottiero florentino, el general Leonardo Da Vinci, inventor del cañón, constituían la cumbre de sus conocimientos sobre literatura castrense y de la otra (Pérez-Reverte 1993: 113).

Este es un perfecto ejemplo de lo que Eduardo Ruiz Tosaus llama «desacralizar el papel sagrado de la epopeya» (Ruiz Tosaus 2001).

Y no necesariamente debe tratarse de ironía utilizada en novelas y cuentos, uno de los escritores-historiadores más originales y más leídos de los últimos cincuenta años en España, Juan Eslava Galán, la aplica sin misericordia y sin parar también en sus libros muy peculiares sobre la historia, tanto del mundo como de España, medio historiográficos, medio prosaicos.[5] En uno de ellos, *De la alpargata al seiscientos*, dedicado a los años cincuenta, en el Capítulo 5, titulado *¡Niñas, al salón!*, entramos en un prostíbulo madrileño en septiembre de 1953, dirigido, con mano férrea, por una madame llamada *La Uruguaya* y vamos conociendo a las «niñas»:

> La Nodo[6] siempre está contenta porque prefiere ejercer en Madrid a la vida que llevaba con su padre, capador de puercos itinerante y sajador de abscesos.
> –¡Hija, es que salía a paliza por noche, llegaba borracho a metérmela y si no se empalmaba la tomaba conmigo, me calentaba y me echaba de la cama! Y, además, que ya estaba harta de comer criadillas, con lo ricos que están los bocadillos de calamares.
> La Nodo era hace un año la pupila más solicitada de la Uruguaya, pero ahora le ha arrebatado el título otra interna, Inmaculada Cano, apodada la Reina de Inglaterra por su notable parecido con la nueva reina de Inglaterra, la bella Isabel II, que ha salido retratada en el *Blanco y Negro* con motivo de su reciente coronación. Fue un cliente el que descubrió el parecido.

[5] Para volver a establecer un balance mutuo de citas, le devolvemos a don Juan una por parte de A. Pérez-Reverte: «Nadie cuenta la Historia como Eslava Galán. Esa mezcla de sabia erudición, arte narrativo e ironía inteligente suele producir mezclas explosivas» (Gómez Juárez 2017).

[6] La apodan la Nodo porque está «al alcance de todos los españoles», como los Noticiarios y documentales (No-Do) que proyectaban obligatoriamente en los cines antes de las películas.

–Pues es verdad –observó la Uruguaya, contemplando la foto de la reina inglesa en la revista *Sol y Luna*.
Al día siguiente llamó a la modista y le encomendó que le confeccionara a Inmaculada un vestido como el que lucía la reina de Inglaterra en su coronación. A falta de corona real, Inmaculada lo complementa con una diadema de bisutería.
–Tú los recibes altiva –la alecciona la Uruguaya–, y que se pongan de rodillas y te besen la mano antes de darte el salto.
–¡Ay, señora Mabel! –objeta Inmaculada–. ¿Y no se reirán de mí?
–¡Ay, hija, no seas tonta! Mira: cuando yo me hacía hombres, el vestido que tenía más éxito era el de monja abadesa. El día que me lo ponía me pasaba por la piedra lo menos a quince. ¿Tú no ves que ellos lo que quieren es fantasía? Cuanta más fantasía le pongas, antes se corren y menos te babean.
A los clientes falangistas les gusta tirarse a la Reina de Inglaterra y lo hacen sin despojarse de la camisa azul, algunos incluso con botas de media caña y espuelas (los desperfectos en las sábanas se pagan aparte). Incluso los monárquicos, al principio remisos por respeto a la institución, han acabado aficionándose al tálamo real. Cierto corpulento ministro, muy del Movimiento, le exige a Inmaculada que cuando perciba la descarga eyaculatoria grite: «¡Gibraltar español!». El escritor Camilo José Cela, por el contrario, prefiere que las coimas con las que se ocupa griten en ese momento conclusivo un patriótico «¡viva España!» (Eslava Galán 2010: 94-98).

¿Puede considerarse tal texto todavía un retrato analítico y crítico? ¿O más bien ya resulta una destrucción cínica de todos y de todo sin misericordia? Hay críticos que ven en aquel continuo destronar los ídolos y las autoridades un parentesco con un mundo de guiñol: «Esta degradación de la palabra autoritaria, de las imágenes o símbolos de las instituciones en el poder, de los hechos y héroes históricos, forma parte de un mundo de guiñol. Religión y tradición son formas muertas, inservibles, que mutilan o asfixian» (Ruiz Tosaus 2002). De acuerdo, deshaciéndonos de las «formas muertas», de toda clase de «auras» disfuncionales ya que desacreditadas, lo hemos conseguido: muchísimas «imágenes o símbolos de las instituciones [y costumbres, tradiciones, esquemas y jerarquías sociales, etc.] en el poder» están eliminados, destruidos, enterrados; la eficacia de la deconstrucción irónica resulta casi estremecedora. Ahora bien, intentemos dedicar un poco de espacio a una reflexión un tanto existencialista sobre la siguiente pregunta: ¿adónde puede llevarnos semejante actividad iconoclasta intensa y vigorosa?

4. Rotundas victorias de la cruzada deconstructivista

La posmodernidad es un niño atrapado en el cuerpo de un anciano, una criatura a la vez inmadura y envejecida.

Efraín Trava

Creemos que no hace falta insistir detalladamente en todo lo positivo que ha traído la postmodernidad en la lucha contra el pensamiento metafísico y maniqueo.[7] Decir un Adiós definitivo al mundo de las Verdades Absolutas en cuyas aras regularmente

[7] Para no repetir lo ya una vez publicado, véase, p. ej., el artículo Chalupa (2009) y, para el pasaje en cuestión, el subcapítulo titulado «Un par de apuntes sobre el posmodernismo» situado en las pp. 126-127.

se sacrificaba tanto a las ideas disidentes como a sus portadores no deja de parecer una despedida justa y beneficiosa que seguramente no debería despertar mucha nostalgia entre la gente pensante y razonable. Hablando sobre la mirada dirigida hacia el pasado, el atacar irónicamente a los Ganadores, a los que detentan el Poder, a los Guardianes del Sistema, a primera vista resulta una actividad aconsejable, hasta «quijotesca» en el sentido más humanístico de la palabra, ya que el pensamiento tradicional siempre tendía a marginar a los vencidos y enaltecer a los Vencedores, incluso a los Vencedores Relativos que, tras un breve encumbramiento, terminaron totalmente derrotados.[8] Así que estamos plenamente de acuerdo con Eduardo Ruiz Tosaus cuando postula que la parodia puede convertirse en «un medio legítimo de separarse por igual de víctimas y verdugos. La parodia relativiza e ironiza la Historia heredada y parece reforzar el deseo autorial de encontrar una 'tercera vía' alejada de la representación maniquea de aspectos históricos» (Ruiz Tosaus 2002). Sin embargo, todas las monedas suelen tener dos caras y tal vez haya llegado el momento de indagar también en la opuesta. Han transcurrido más o menos cuarenta años desde la publicación de *La Condition postmoderne: Rapport sur le savoir* (1979) de Jean-Francois Lyotard. Sin tratar de entrar y perderse en las eternas –y con frecuencia poco fructíferas y enriquecedoras, nos tememos– polémicas acerca de qué es la postmodernidad y desde cuándo se desarrolla, supongamos, simplificando el punto de partida en el grado máximo, que llevamos ya unas dos generaciones metidos de pleno en el mundo postmoderno. Dos generaciones, eso es mucho tiempo, buscando «medidas históricas» equiparables, tal lapso equivale más o menos a la España de Franco, o a la existencia del bloque comunista entre el final de la Segunda Guerra mundial y su descomposición a finales de los ochenta. Por lo cual quizá no sea demasiado atrevido intentar «echar un breve vistazo evaluador» y tratar de establecer un modesto balance de lo que se ha conseguido en el terreno de destronar, con ayuda de la ironía iconoclasta, las viejas y anticuadas estructuras de poder, de tradición, de inercia, sustituyéndolas por algo más racional, humano y funcional, ya sin el bagaje de las «auras» rutinarias y repetitivas.

Como el tema es enorme y totalmente inabarcable, antes de comentar solamente un par de rasgos elegidos, primero presentamos un puñado de etiquetas con las que nos hemos tropezado en los textos analíticos de las últimas cuatro décadas, etiquetas que a través de alguna combinación breve de palabras, con frecuencia recurriendo a procedimientos metafóricos, tratan de describir, con la densidad máxima, el mundo postmoderno en el que vivimos: el «culto al consumo» o el «hiperconsumo»,[9] la «cultura *cool*», el «narcicismo individualista», la «apatía ideológica», la «atomización

[8] Pero nunca olvidados: que el amable lector tenga la bondad de tratar de calcular la cantidad de libros, estudios históricos, películas, series y documentales dedicados a los «grandes» Vencedores Derrotados rotundamente, su legado incluido, como, p. ej., Hitler o Franco, y compararlos con las cantidades –exiguas, garantizamos de antemano– de semejante material creado en honor de los grandes luchadores por algo realmente positivo desde la perspectiva de toda la Humanidad: Alexander Fleming o Albert Schweitzer. El balance de tal comparación con mucha probabilidad resultará sobrecogedor.

[9] Existe un libro entero, interesante, pero al mismo tiempo bastante escalofriante dedicado al fenómeno: Lipovetsky, Gilles: *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona: Anagrama, 2006.

social», la «sociedad de la indiferencia», la «época del postdeber», la «cultura postmoralista», el «imperio de la moda», etc. Y ahora ya podemos centrar nuestra atención en unos cuantos rasgos típicos de los cuarenta años postmodernos de un modo más sistemático y organizado. Nos parece, por experiencia previa, bastante útil recurrir al procedimiento de la confrontación de las profecías provenientes de los años anteriores acerca de lo que iba a traer la época postmoderna con una mirada analítica sobre el panorama actual. Una de las mentes más agudas de las últimas décadas sigue siendo la del filósofo y sociólogo francés Gilles Lipovetsky (1944) que supo predecir con una clarividencia admirable la llegada de lo que él mismo iba a designar como «La era del vacío», título de su libro publicado en 1983, al principio de la «Era Reagan», cuando la otra cara de la postmodernidad, el reinado brutal de las imágenes simplistas e hipersuperficiales y del egotismo infantil y narcisista (algo que podría llamarse, p. ej., la «esclavitud del *self*»), apenas empezaba a asomar. Hace más de treinta años el francés anunciaba: «El ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable» (Lipovetsky 1986: 7). Y auguraba que uno de los rasgos principales de la naciente época de transición entre la sociedad de la transformación hacia una «sociedad de la seducción» iba a ser una preocupación extrema, tanto en lo físico como en lo psíquico, por el cuerpo de cada uno: «angustia de la edad, obsesión por la salud, por la «línea», por la higiene, rituales de control y de mantenimiento, cultos solares y terapéuticos, superconsumo de los productos farmacéuticos» (Lipovetsky 1986: 61). Y mirando alrededor, poca duda queda acerca del cumplimiento de aquel pronóstico. El «narcisismo colectivo» y los «intereses miniaturizados» realmente aparecieron y hoy en día en la sociedad occidental con mucha probabilidad ya ocupan uno de los lugares centrales de la estructura. En vez de la esperanza de una liberación deseada de las cadenas de las grandes Verdades a veces da la impresión de que la revolución destructiva (¿«deconstructiva»?) que ha desencadenado la postmodernidad conlleva más bien que dicha liberación una huida, si no una estampada, hacia un mundo de valores muy infantiles y poco maduros: el dictado de las modas más estúpidas se extiende desde el espacio relativamente limitado del vestir y del hablar cada vez más y ocupa más y más terreno; el Facebook y otras redes (seudo)sociales[10] presionan sobre la gente involucrada para que vayan intentando mejorar-falsificar su «identidad virtual» con una intensidad hasta ahora inaudita. Y eso ocurre no solamente al nivel individual, sino incluso al colectivo. El filósofo checo-italiano Václav Bělohradský utiliza la metáfora de un «invernadero digital»,

[10] Las llamamos seudosociales, puesto que hoy ya existen varios estudios que muestran claramente que la existencia de los «grupos hiperespecializados» que se crean dentro de ellas genera unas gigantescas «burbujas sociales» que, en su extrema eficacia de cegar y aislar a los involucrados, de crear «universos paralelos», tienden a minar peligrosamente la auténtica comunicación y, por lo tanto, la cohesión social. Véase al respecto, p. ej., el estudio Arab, Elías (2015), «Impacto de las redes sociales e internet en la adolescencia: aspectos positivos y negativos», *Revista Médica Clínica Las Condes*, Vol. 26, núm. 1, p. 7-13, <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0716864015000048>.

o sea, un refugio colectivo en Internet en el que «hermandades» mentalmente compatibles crean sus propias versiones ya no de la interpretación de lo real, sino de la misma realidad, apoyadas en hechos y datos igualmente fabricados por ellos mismos, y luego defienden con mucha vehemencia –a veces con intensidad casi fanática– sus versiones del mundo ante los ataques de otras «hermandades» que intentan hacer lo mismo (Bělohradský 2018). Veinte años después de la *Era del vacío*, en *La sociedad de la decepción* (2006), Lipovetsky corroboraba, en su mayor parte, sus vaticinios. Como inteligentemente parafrasea Raúl Corral Quintero: «La incertidumbre corroe las identidades culturales [...] Casi nadie deviene desde sí mismo, la mayoría no es lo que dice ser. Los políticos parecen publicistas, los publicistas parecen políticos; los intelectuales se han complejizado tanto que casi nadie tiene tiempo para leerlos ni capacidad para entenderlos; los empresarios quieren gobernar, los políticos quieren invertir...» (Corral Quintero 2007: 45). Lo que reina es un estilo de vida «lúdico-estético-hedonista-psicologista-mediático» que se mostró perfectamente capaz de superar a la utopía revolucionaria con el «entusiasmo de los sentidos», a las ideologías con publicidad, al rigor con «seducción del consumo y del psicologismo» (cit. en Corral Quintero 2007: 43). Nosotros creemos que la constante alusión a lo irracional, ilógico, misterioso, relativo, marginado, puede, en ciertas dosis, contribuir a un positivo descanso de demasiada racionalidad y demasiada planificación, incluso puede proporcionar cierto distanciamiento sano de la «metafísica totalitaria de lo racional y pragmático». Pero cuando lo esotérico e irracional se convierte en el contenido predominante, ¿qué es lo que surgirá? ¿Una nueva civilización? ¿Podrá combinarse esta postura mental con el funcionamiento cotidiano del capitalismo consumista tecnológicamente muy desarrollado?

Si realmente hemos sido capaces de enterrar la confianza en los Grandes Relatos –el cristiano, el de los iluminados, el marxista, el del capitalismo democrático liberal como fuerza de liberación y prosperidad para todos– la pregunta es: ¿es posible tener y mantener ideales en un mundo sin Grandes Historias y Verdades? Y sin las «auras», añadamos, que son, en nuestra opinión, las piezas menores del mismo mosaico. Y si la respuesta es No, inmediatamente surge otra interrogación, lógica e igual de preocupante: ¿es posible vivir sin ideales? Y si es así: ¿cómo será una vida de semejantes características? Una vida sin Grandes Relatos, sin dioses y mitos, sin cánones, normas y pautas mayoritariamente respetadas. Si carecemos de esos Grand Récits o Métanarratifs, en terminología lyotardiana, y no nos podrán servir más como pautas, como inspiración, como energía vital, ni para el pasado, en forma de monumentales historias arquetípicas, ni para el futuro, en forma de visionarias narraciones utópicas: ¿qué es lo que nos queda? ¿El presente y el consumo? ¿El caos de «verdades» relativas, individuales, siempre subjetivas y declaradas como tales, así que «verdades» sin ninguna capacidad de influir o hasta movilizar? ¿No es triste? Si nada se respeta, si nada se prohíbe, si todo se tolera, si todo vale, ¿no será el resultado una Gran Indiferencia? Es un total eclecticismo realmente la meta válida a la que quiera correr el desarrollo cultural del Occidente (¿o ya más bien «occidente» con minúscula?)? No hablamos de etiquetas, hablamos del contenido. Algunas

etiquetas que se barajan parecen, a primera vista, atractivas, p. ej., el «liberalismo postutópico», pero parece que nadie sabe muy bien qué significan, o incluso qué podrían significar.

Al parecer, después de un siglo y medio de grandes (y a veces realmente devastadoras) ideologías, revoluciones, guerras mundiales, combates incesantes entre los defensores y adversarios de un Gran Cambio (sobre el que con frecuencia no se sabía mucho más que el hecho de que es absolutamente necesario x perjudicial) la Humanidad –por lo menos su sector occidental– se ha cansado y busca descanso. La fase postmoderna destaca por su capacidad de desmovilizar, subrayando el relativismo en cuanto a casi todo: a la moral, a los valores, a las ideas estéticas, a las ideologías. Y como todo esto, desde la perspectiva postmoderna, no son más que elementos individuales, extremadamente subjetivos y, por lo tanto, pasajeros y efímeros, no tiene mucho sentido tratar de luchar por ellos, perder el tiempo en su defensa, o, en su destrucción. Es comprensible –por lo menos para un liberal, si bien no empedernido, seguramente moderado como mínimo– que la gente decidiera deshacerse del absolutismo, fanatismo, dogmatismo y de todos los Propietarios de la Única y Sagrada Verdad. Pero como la gente –probablemente al igual que el universo entero– suele moverse en extremos, o sea, como un péndulo, de una posición extrema a la otra, contraria, bien es posible que el movimiento del péndulo hacia lo postmoderno haya traído demasiado relativismo, pragmatismo, cinismo, y como consecuencia última, indiferencia y apatía. ¿Será por casualidad que una de las palabras de la «postmodernidad de la calle», «cool», en su significado original quiere decir «frío»? A eso, en realidad, muy fácilmente puede llevar la «muerte de las utopías». Sin duda alguna, pensando en las posibilidades casi ilimitadas del presente modelo del capitalismo consumista en cuanto a la oferta de entretenimiento, en cualquier caso será una apatía muy divertida y una indiferencia agradablemente lúdica y llena de aventuras virtuales muy sofisticadas. La cuestión es, sin embargo, si puro hedonismo conduce a algo más que a una catástrofe a la larga, los recuerdos de la crisis y caída del Imperio Romano Occidental son un tanto preocupantes en este sentido. Por un lado, puede interpretarse como cierto alivio el hecho de que hoy en día las recetas ideológicas tradicionales ya no despiertan gran interés y menos todavía son capaces de motivar emociones. Por otro lado, si la Biblia,[11] los libros de Rousseau, Marx, Freud y un sinfín de otros textos parecidos, por equivocados, dogmáticos y maniqueos que puedan resultar en algunos sentidos, se sustituyen por manuales –o seudomanuales– de meditación, de autopsicoterapia o guías de técnicas sexuales, todo esto los auténticos *best sellers* de una librería postmoderna, nadie puede decir con seguridad qué es lo que puede traer semejante «transformación cultural». A veces da la impresión de que la principal respuesta de la postmodernidad al fracaso de los Grandes Relatos consiste en la vuelta a un individualismo total e incondicional. Pero las ciencias naturales no dejan de subrayar que el hombre no es un ser individual sino gregario y que necesita

[11] No hablemos del Corán, lo postmoderno evidentemente se refiere al Occidente, el mundo islámico, p. ej., todavía está muy lejos de nuestra fase actual de desarrollo intelectual y cultural. Tanto para bien como para mal.

compañía, comunicación interpersonal y solidaridad. Y quizá también cierto liderazgo y jerarquía, lo mismo que una manada de lobos. Gracias a Pérez-Reverte ya sabemos que los Napoleones no son de fiar, puesto que no son más que charlatanes psicopáticos, los Pequeños Cabrones. No obstante, una sociedad tan compleja y sofisticada como la nuestra ya no puede vivir sin jerarquías y liderazgo, puesto que esto sería tecnológicamente imposible. ¿Quién va a sustituir a los líderes desacreditados del pasado, los tristes protagonistas de los Grandes Relatos rechazados? ¿Las estrellas de Hollywood que con sus aviones privados adornan con su presencia y la cháchara vacía las conferencias climatológicas? ¿Los deportistas en papel de modernos gladiadores? ¿Los multimillonarios de Forbes sobre los que con frecuencia no conocemos más que sus nombres y las desorbitantes cifras de sus fortunas inimaginables? ¿Será un cambio para mejor?

Y hay más síntomas preocupantes. El esquema casi siempre es el mismo: una esperanza derivada del espacio abierto para una potencial alternativa de «algo mejor», y en vez de la realización de ella, una decepción consistente en un regreso hacia fenómenos con frecuencia peores que los criticados. Así que, p. ej., vemos que cuando se ha abandonado la modernidad, hasta un grado alarmante se va socavando la reputación de las ciencias, por lo menos de las sociales. Si los sociólogos, historiadores, expertos en ciencias políticas, no son capaces de distinguir la verdad de la «no verdad», como ellos mismos en el transcurso de las incesantes orgías de la autoflagelación postmoderna confiesan y reconocen,[12] el público, asustado y desengañado, huye en muchos casos hacia el pasado, hacia las etapas históricas anteriores. Pero la historia suele repetirse como farsa, así que la huida no conduce a las religiones más o menos establecidas y estables del período moderno, sino hacia un pasado más remoto, al mundo precristiano de los videntes, los astrólogos y las brujas.[13] Quien, tras el entierro de la «metafísica positivista» y las «Verdades ideológico-propagandísticas», esperaba una emancipación en cuanto al modo de pensar por su propia cuenta y buscar libertad e independencia en este terreno, observa como el esoterismo en las últimas dos o tres décadas se ha convertido en una industria con decenas de miles de puestos de trabajo.[14] Y no solamente en España o en EE. UU., pero hasta en países como Francia en cuyo caso se suponía que se trataba de una sociedad ya completamente curada de semejantes fenómenos. Las librerías llenas de libros de esoterismo proliferan mucho, al igual que las tiendas con amuletos y fetiches, pero también con velas mágicas, pirámides energéticas y hasta filtros de amor. En la tele desfilan

[12] El bastante influyente filósofo norteamericano Richard Rorty ya a finales de los setenta con desdén descartó la posibilidad de encontrar algún marco epistemológico permanente para la investigación e insistía en que el único papel del filósofo en la «cacofonía de conversaciones cruzadas» que, según él, era la cultura postmoderna, consistía en «desacreditar la noción de tener una perspectiva, a la vez que se evita tener una perspectiva sobre el hecho de tener perspectivas» (Rorty 1979: 371).

[13] Según la encuesta de Metroscopia realizada en 2011, uno de cada cinco españoles cree en videntes, astrólogos o curanderos, véase <https://www.infocatolica.com/?t=noticia&cod=9167>.

[14] En 2016 se hablaba y escribía sobre unos 3.000 millones de euros generados por el negocio del esoterismo en España, véase, p. ej., «Me fui a una tienda esotérica a comprar un friegasuelos que prometía hacerme rico», <http://www.lasexta.com/tribus-ocultas/artes/fui-tienda-esoterica-comprar-friegasuelos-que-prometia-hacerme-rico_2017090559ae57370cf27a5b1bd402a3.html>.

clarividentes de todo tipo, por todos los lados atacan horóscopos. Y cuando uno se descontrola de verdad, allí esperan las sectas, algunas efectivamente peligrosas, unas cuantas hasta letales. En España se habla de unos cuantos centenares de miles de personas afectadas –las estimaciones giran alrededor de 1% de la población, o sea, casi medio millón de ciudadanos– por la influencia de más de 200 sectas, un número en proporción más o menos comparable con el resto de Europa Occidental.[15] En aquel breve repaso del triste camino hacia una nueva esclavitud en vez de una liberación esperada de la mil veces maldita mentalidad pequeñoburguesa, de las trasnochadas iglesias cristianas, de los obsoletos cánones sociales añadamos la epidemia inaudita de la droga, tanto de la ilegal como de la prescrita por los médicos, que azota EE. UU. y que causó unas 64.000 víctimas en 2016,[16] pero que afecta gravemente también, si bien en un grado menos intenso a la sociedad europea. Y, otra adicción de nuevo cuño, el fenómeno de los juegos por ordenador, con la aparición de una nueva variante humana, el llamado *Homo ludens*. En vez de lo condenado como anticuado y disfuncional en la comunicación interpersonal, es decir, en vez de las tabernas, tertulias, bailes, gimnasios, ha venido la parafernalia de las redes sociales que evidentemente contribuyen al creciente proceso de atontar y desmovilizar todavía más a la población respecto a una potencial acción palpable en el mundo real.[17] En el terreno de la búsqueda de información en lugar de la prensa y televisión tradicionales, desacreditadas por su frecuentemente criticada incapacidad de ver los límites de su propia objetividad e independencia ha llegado la extrema demagogia y mentiras abiertas, adornadas con sinsentidos ridículos y noticias de pacotilla, que le sirven al público mayoritario la prensa a la Murdoch y las cadenas-basura privadas, todo completado con el cada vez más alucinante espectáculo de la «autoinformación» en internet, donde grandes sectores de la población van inventando no solamente noticias y hechos, sino hasta universos virtuales enteros que luego se creen a pie juntillas. Si alguien esperaba, tras la caída de los dioses de la Modernidad, una avalancha de actividad y energía de los ciudadanos liberados de cadenas, probablemente se siente un tanto confuso, ya que mucha gente –en proporción creciente– tiende a conformarse con el papel de mero voyeur pasivo que de buen grado renuncia a la participación activa y se limita a «observar». ¿Cómo valorar de otra manera el hecho de que miles si no millones de seguidores no se cansan de observar como una modelo vestida en bikini se limpia los dientes? Según parece, al menos para un sector relativamente extenso de la sociedad la postmodernidad significa más que una liberación y emancipación de la modernidad más bien un regreso

[15] Para más datos, véase, p. ej., «Entre 200 y 250 sectas operan en España, principalmente en Madrid, Barcelona y Valencia», <https://www.20minutos.es/noticia/3228883/0/sectas-culpa-miedo/#xtor=AD-15&xts=467263> [julio 2018], o «La situación actual de las sectas en España: „Igual que de una droga, la gente se queda colgada“», <https://www.vozpopuli.com/actualidad/sociedad/sectas-situacion-actual-Espana-Igual-colgada_0_1036097721.html> [julio 2018].

[16] Véase, p. ej., Mars, Amanda (2017), «EE UU declara la emergencia sanitaria por la ola de adicción a los opiáceos», *El País*, <https://elpais.com/internacional/2017/10/26/estados_unidos/1509030646_508688.html>.

[17] Véase, p. ej., «Internet es una droga socialmente normalizada», *El Mundo*, 9 de enero de 2017, <http://www.elmundo.es/papel/lideres/2017/01/09/586cec3f22601d1a7f8b459a.html>.

peculiar –y potencialmente peligroso– hacia un mundo premoderno. Ihab Hassan en su hoy ya famoso esquema dicotómico –por lo cual, sin duda y desde luego, simplificado y al menos parcialmente erróneo, pero aún así de gran valor como un punto de partida para más reflexiones – enfrenta, entre muchas otras cosas, p. ej., las siguientes parejas: «metafísica» (= moderna) x «ironía» (= postmoderna); «propósito» x «juego»; «diseño» x «azar»; «jerarquía» x «anarquía»; además de dos tríadas muy interesantes y elocuentes al mismo tiempo: «creación/totalización/síntesis» x «destrucción/deconstrucción/antítesis» (cit. en Harvey 1998: 59-60).

Es indudable que las Grandes Verdades –ideologías, doctrinas religiosas, cosmovisiones, póngase libremente la etiqueta que mejor convenga– contienen dentro de sí mismas, precisamente por ser Verdades con mayúscula, un grave riesgo de totalitarismo, de violencia, de masacre. Al fin y al cabo, ¿qué hacer con uno que no quiere aceptar la Verdad y la rechaza? Los guardianes de tales Verdades generalmente recurren al quemadero o procedimientos semejantes. Pero, por otro lado, tenemos relativamente poca experiencia con una tolerancia (¿o indiferencia?) que es tan intensa que fácilmente puede confundirse con letargo. Cuando Nietzsche a finales del siglo XIX «asesinó a Dios», la gente occidental, «liberada y emancipada» de la religión y la Iglesia, en los años y décadas venideras prepararía dos guerras mundiales, inventaría el totalitarismo leninista y estalinista, más tarde el fascismo y nazismo y dentro de él, el holocausto. Luego, como respuesta a semejantes tragedias, aparecerían las bombas nucleares y la Guerra Fría que en sus «fases calientes » (Corea, Vietnam, Afganistán, etc.) se cobraría millones y millones de víctimas. ¿Quién se atreve a pronosticar en qué se transformará la «muerte de la modernidad» anunciada a bombo y platillo desde los años 70?

5. Un espejo negro: respuestas y reacciones en la época neoindividualista

En un mundo totalmente cínico, una sola causa
merece que usted se movilice por ella:
sus vacaciones.

Una agencia de viajes parisina

Si escogemos el mundo de la política como ejemplo, por ser éste relativamente transparente y bien documentado, probablemente el primer gran caso de lo que puede ocurrir cuando las ideologías se sustituyen por «imágenes» –es decir, por fragmentos vagos y ambiguos desde la perspectiva del contenido, pero lúdicos y divertidos en cuanto a la forma– como suplentes de un programa político más o menos tradicional, fue la aparición de Ronald Reagan en la Casa Blanca en 1981. El exactor de Hollywood reemplazó por completo la acción política seria y palpable –que todavía podía vislumbrarse bajo una fachada también ya bastante «fake» de J. F. Kennedy– por un espectáculo mediatizado basado casi exclusivamente en «imágenes». Como recuerda David Harvey: «Su imagen –cultivada durante muchos años de práctica política y luego cuidadosamente montada, elaborada y orquestada con todos los artificios de la producción de imágenes actual– de una persona tosca pero cálida,

familiar y bien intencionada con una fe inquebrantable en la grandeza y bondad de América, le construyó un aura de política carismática» (Harvey 1998: 362). Carey McWilliams, uno de los comentaristas políticos de aquellos tiempos, lo llamó la «cara amistosa del fascismo». Otros lo apodaban el «presidente de teflón», ya que mantenía el tipo en cualquier situación y no se dejaba perturbar por nada y por nadie. Incluso cuando los periodistas o sus oponentes políticos lo acorralaban y lo obligaban a reconocer algún fallo o error –una situación muy frecuente, a decir verdad– parecía no darse por afectado y lo solucionaba todo con una sonrisa benévola de un bonachón que nunca pierde la paciencia y el buen humor. Pero en ningún caso quiere decir esto que pueda valorarse su legado como el de un idiota vacío sin planes que realizar. Todo lo contrario. Tras la fachada del interminable bombardeo con dichos graciosos[18] al público a los periodistas, su anticomunismo agresivo se extendió de un modo muy palpable –y muy sangriento– de Nicaragua a Mozambique, de Cuba a Afganistán. En su época subió a un poder casi total lo que el presidente Eisenhower llamaba «complejo industrial-militar» y advertía que precisamente esa fuerza combinada de dinero y armas en manos de personas poco responsables y carecientes de escrúpulos morales representaba el mayor riesgo para el futuro de EE. UU. Para Reagan, al contrario, aquella gente eran aliados e ídolos y decidió entregarles el Estado para un gran festín. Los gastos militares se dispararon, los programas sociales, muchos provenientes todavía de la era del presidente Johnson y su «guerra contra la pobreza», se iban cortando y cortando hasta desaparecer asfixiados. Textos realmente alucinantes, como *La rebelión de Atlas* de Ayn Rand –o sea, Alisa Zinóvievna Rosenbaum– una de las más brutales defensas del egoísmo sin escrúpulos de todos los tiempos, se convirtieron en lectura cas obligatoria entre la «gente bien». Y, mientras tanto, el país se vio sacudido por una enorme ola de desigualdades sociales. «Entre 1979 y 1986, la cifra de familias pobres con niños creció en un 35 %, y en algunas grandes áreas metropolitanas, como Nueva York, Chicago, Baltimore y Nueva Orleans, más de la mitad de los niños vivían en el seno de familias cuyos ingresos caían por debajo de la línea de pobreza. A pesar del creciente desempleo (que culminó en más del 10 % según cifras oficiales de 1982), el porcentaje de los desempleados que recibían algún beneficio federal cayó a sólo el 32 %, el nivel más bajo en la historia de la seguridad social desde su nacimiento con el New Deal. El número cada vez mayor de los sin-casa ponía de manifiesto un estado general de dislocación social, marcado por confrontaciones (muchas de ellas con matices racistas o étnicos). Los enfermos mentales fueron devueltos a la comunidad para su cuidado, que consistía en gran medida en el rechazo y la violencia, la punta de un iceberg de abandono que dejaba a cerca de cuarenta millones de ciudadanos de una de las naciones más ricas del mundo sin seguro médico alguno [...] Sin embargo, para los jóvenes y los ricos, y los que poseían educación y los privilegiados, las cosas no pudieron haber sido mejores. El mundo de los bienes raíces, de las finanzas y las empresas de servicios creció, así

[18] Algunos más: «Algunos dicen que el trabajo duro no ha matado a nadie, pero yo me digo ¿Por qué arriesgarse?», otros menos: «La economía USA no funciona porque los ricos no son suficientemente ricos y los pobres no son suficientemente pobres», algunos más bien escalofriantes que divertidos: «La Contra Nicaragüense es el equivalente moral de nuestros Padres Fundadores».

como la «masa cultural» dedicada a la producción de imagen, conocimientos y formas culturales y estéticas» (Harvey 1998: 363).

Y la llegada de Reagan –y más tarde, p. ej., de George W. Bush hijo, un exalcohólico curado por «su esposa y su reverendo», un hombre vulgar con típica (anti)cultura de Reader's Digest y cuatro citas simplistas repetidas *ad infinitum*– al poder, no solamente el político, sino acompañado paralelamente de una profunda influencia mental, intelectual e ideológica sobre la vida de decenas de millones de norteamericanos, se produjo en el ambiente de una iconoclasia muy intensa y artísticamente lograda de varios autores de gran talento y pocos escrúpulos a la hora de desmitificar la realidad que, en el fondo, siempre se escondía tras la fachada del *American Dream*. En lugar de presentar una extensa e inevitablemente incompleta lista de dichos autores, mencionemos, a modo de ejemplo ilustrativo, a Tom Wolfe y, entre todos sus fascinantes textos, la novela *The Bonfire of the Vanities* (*La hoguera de las vanidades*, 1987), en la que el autor desarrolla un humor y un sarcasmo que ya no son solamente cáusticos o mordaces, sino que llegan a tener la fuerza corrosiva del ácido sulfúrico. Líquido destructor este que es vertido en centenares de páginas sobre todos los supuestos «Amos del Universo» y sobre la «gente bien» de la alta sociedad neoyorquina. Cuando uno acaba de leer el capítulo 15º del libro, titulado «La máscara de la muerte roja», acerca de una gran fiesta de los ricos y –aparentemente– importantes, todas las «auras» que ya no están muertas están agonizando. Cuatro años más tarde, en 1991, Bret Easton Ellis publica *American Psycho,* donde hasta el sarcasmo más cruel y despiadado cede el paso a un gélido terror escalofriante cuando Patrick Bateman, un joven yuppie graduado por Harvard, y al mismo tiempo un sádico asesino en serie y caníbal, nos cuenta, en primera persona, las frías descripciones de sus psicopáticos crímenes y del placer que le producen. Aquí ya encontramos una desmitificación en su forma arquetípica. Y pese a todo eso, tras Reagan viene Bush y tras Bush vendrá Trump. Precisamente Trump y su sorprendente carrera política –cuyos detalles sobra comentar, ya que basta con abrir cualquier periódico prácticamente cualquier día del año para tener un sinfín de ejemplos– nos puede servir como símbolo elocuente de lo que es un «líder postmoderno» que basa su actuación y carrera en la «espectacularización» y en la apuesta por un teatro barato y vulgar. Parece que tampoco en el mundo de la política la esperanza de un cambio para mejor ocurrido a base de la deconstrucción de lo falso e hipócrita se ha cumplido. Cuando se ha desenmascarado a los Clinton, Blair y Obama como mentirosos, farisaicos y charlatanes –el fenómeno de WikiLeaks ha desempeñado en este sentido un papel clave– muchos creían que con esta «muerte de las auras falsas» se abriría espacio para unos líderes más competentes, más empáticos, más humanos y menos «fake». No obstante, por lo visto, en muchos casos ocurrió todo lo contrario, los electores no empezaron a reclamar personajes «mejores», sino que, tras la «resaca» anterior, se comenzó a buscar a demagogos abiertos, «sinceros», dispuestos a deshacerse de todo el bagaje de «aparentar» y en vez de tal «hipocresía» decididos a ofrecer el «juego con cartas abiertas», ostentando trucos sucios de todo tipo con un descaro inaudito. Ya hemos mencionado a Donald Trump y su estilo político basado en mentiras, en gritos histéricos y en repetición incansable de tonterías y payasadas de

todo tipo. Milagros Pérez Oliva hace poco lo comentaba así: «Faltó al respeto, insultó y mintió, y cuanto más histriónico y más transgresor se mostraba, más espacio ocupaba en los medios. Que hablen de mí aunque sea mal. En esa estrategia colaboraron tanto los medios y programas serios como los sensacionalistas. Todos contribuyeron a construir el personaje» (Pérez Oliva 2016). No obstante, Trump no es ninguna excepción, más bien el principal abanderado de un nuevo ejército. El estrafalario equipo del Brexit, liderado por bufones y estafadores como Nigel Farage o Boris Johnson no se queda a la zaga. Sobre Boris Johnson, un excéntrico capaz de lanzar estupideces en cinco lenguas distintas, el latín clásico incluido, se dijo con acierto que es un perfecto representante de la «diplomacia del disparate» (Fresneda 2016), culminando el deterioro progresivo de su evidente síndrome de Tourette con el tristemente famoso «fuck business» como respuesta a las dudas de los empresarios más importantes del Reino Unido en cuanto al deficiente plan de la realización del Brexit. Y desde Italia, ya anteriormente citado Václav Bělohradský recuerda sus propias experiencias con la campaña electoral de Beppe Grillo, mitad cómico, mitad político, en parte un Mesías autoproclamado, uno de los fundadores del muy exitoso *Movimiento 5 Estrellas* que dijo con una sinceridad aterradora: «Antaño había ideologías, hoy tenemos hechos. Primero vamos a fabricar hechos, luego se inventará la ideología que encaje con ellos» (Bělohradský 2018). Por un lado semejantes «políticos» parecen ridículos y uno no puede alejar pensamientos tipo «no es posible parodiar la parodia», por otro lado, fácilmente pueden convertirse en letalmente peligrosos, basta con acordarse de los primeros años de Mussolini o Hitler: muecas, gritos, bufonadas, pero relativamente poco tiempo después ya iban a llegar catástrofes reales, muy sangrientas. Desde esta perspectiva el gran ataque irónico contra las «auras» de todo tipo hoy resulta un tanto contraproducente. Es más que probable que en el mundo siempre haya habido y siga habiendo muchísima gente que nunca podrá aceptar de buena gana y sin contrarreacciones violentas una vida totalmente desprovista de «auras», de manera parecida que mucha gente nunca podrá aceptar internamente, digamos, el anarquismo. Siempre hay prójimos –y no pocos– que pedirán orden, jerarquía, Verdades. Como advertía G. Lipovetsky: «las religiones declinan pero no la religiosidad» (cit. en. Corral Quintero 2007: 42). Desde tal punto de vista la «cruzada iconoclasta» en el sentido de la destrucción masiva de auras de todo tipo se muestra cada vez más como un arma de doble filo extremadamente peligrosa. Cuando escasean «mitos» estables y las auras se desvanecen bajo la presión de la ironía y del sarcasmo, surge una intensa demanda de mitos y auras sustitutivos. Como hemos mostrado, sería peligrosamente ingenuo suponer que lo nuevo automáticamente iba a ser mejor y de más calidad. Quizá también por este motivo proliferan nuevos cultos, de intensidad inaudita, a los «mundos paralelos», sea el caso de las escuelas de magia, sea el de un Tolkien renacido, el universo artificial del Juego de Tronos o el de Westworld, el paraíso de los psicópatas impunes, y un montón de fenómenos parecidos. Mundos y universos que se ven muy bien en la tele o en el cine, otra cosa, muy distinta, sería verse obligado a vivir en ellos una existencia real.

6. Conclusión: ¿Cuándo llegará un Narciso maduro?

Hay que imaginarse a Sísifo feliz.
Albert Camus

A nivel de símbolos, se insinúa la idea de que tras las épocas representadas por figuras metafóricas de Prometeo, Sísifo o Fausto, el personaje simbólico que mejor encarna las últimas dos o tres décadas es la de Narciso. Lipovetsky dice sobre él: «No le interesa llegar o no al final del camino, sino extasiarse con cada detalle, cada recoveco, cada momento del recorrido» (cit. en. Corral Quintero 2007: 42). Por un lado, podría resultar simpático, el camino como fin en sí mismo, sin preocuparse por los grandes «objetivos históricos» (misiones históricas, habría dicho Ganivet), casi siempre metafísicos, casi siempre peligrosos. Por otro lado, tal postura puede muy fácilmente llevar a una pasividad hedonista, infantil, extrasuperficial, en cierto sentido tonta y alelada. No obstante, quizás no sea necesario perder la esperanza: según Lipovetsky, incluso Narciso es susceptible de cambio y transformación. Puede que un nuevo ser se esconda en las brumas, de momento más bien impenetrables, que se extienden tras el término de la postpostmodernidad,[19] como sucesora, heredera o incluso superadora de la postmodernidad. Siguiendo la metáfora del filósofo francés, podemos especular, con cierto optimismo, que la nueva era podría dar a luz un nuevo Narciso, en palabras de Lipovetsky «un Narciso *que se tiene por* maduro, responsable, organizado y eficaz, adaptable, que rompe con el Narciso de los años postmodernos, amante del placer y las libertades» (Lipovetsky 2006: 27). Deseemos que sea así, pero uno difícilmente puede espantar cierta duda ominosa leyendo la oración «que se tiene por», ya que entre «tenerse por» y «ser» en la vida real suele distar un hueco verdaderamente abismal. Y allí, en lo oscuro y amenazador de aquel abismo acechan tanto atentados ecológicos de dimensiones suicidas como juegos de ordenador pensados para adolescentes pero vendidos cada vez más a unos adultos (la epidemia de «ludismo consumista») que no dejan de comportarse como adolescentes ni en su edad nominalmente madura. Allí, en

[19] En realidad, sabemos más bien poco –casi nada– acerca de lo que puede traer aquella postpostmodernidad: las definiciones del término difieren de un modo alarmante, contradiciéndose mutuamente en algunos casos. Hay pensadores que están descontentos incluso con el mismo término y exhortan a la búsqueda de un nombre más conveniente, como, p. ej., Tom Turner, que ya hace más de veinte años proponía contentarse, de momento, con el término «postpostmodernismo» y «orar por un nombre mejor» (Turner 1995: 10). Algunos teóricos ya han intentado pasar de la oración a la creación y han ido apareciendo etiquetas como «postmilenarismo» (Eric Gans), «pseudo-modernismo» (Alan Kirby) o «metamodernismo» (Robin van den Akker y Timoteo Vermeulen). Algunos piensan que lo que vendrá tras la postmodernidad será todavía peor, más vacío, más superficial, y que el egoísmo infantil e irresponsable, perfectamente demostrado en las orgías de lo tonto y lo primitivamente visual que reina en las redes sociales, desembocará al final en un «silencio autista». Otros vislumbran cierta esperanza y creen que el Gran Péndulo de las Mentalidades Históricas oscilará hacia una posición menos narcisista y más madura, menos infantil y más responsable. Lo único en lo que están de acuerdo es en que lo postmoderno ya está visiblemente agotado y se acerca a su fin y, por lo tanto, a una nueva era, tal y como lo anunciaba, ya en 2006, Alan Kirby en su ensayo *The Death of Postmodernism and Beyond*. Nosotros vamos a utilizar el término postpostmodernismo en este sentido puramente cronológico, es decir, para referirnos a lo que vendrá tras la postmodernidad.

lo tenebroso e inquietante del precipicio, aguardan tanto el fetichismo del cuerpo delgado hasta lo esquelético, o al contrario, musculoso hasta lo grotesco como la obsesión por el «star system» en el que a un 99,99 % de la gente se le anuncia que su existencia individual es poco más que inútil, puesto que nunca estarán entre los «primeros», y, por lo tanto, no se le ofrecerá otro papel en la vida que el del eterno espectador –y patrocinador al mismo tiempo– de los «shows» de las «estrellas». Resulta casi estremecedor meditar acerca de hasta qué punto el hombre es capaz de emanciparse de ciertas características suyas que le complican la existencia. P. ej., la necesidad de buscar modelos, o incluso ídolos, que admirar, o hasta adorar. Hay pensadores muy escépticos en este sentido, D. F. Wallace sostenía que: «No existe tal cosa como la posibilidad de no adorar. Todo el mundo adora. La única opción real que tenemos es qué adorar. Y la única razón irresistible para elegir adorar a algún tipo de dios o algo espiritual –ya sea Jesús o Alá o Yahvé o la Madre Wicca o las Cuatro Nobles Verdades o quizá algún grupo de principios éticos inviolables–, es que prácticamente cualquier otra cosa que adores te comerá vivo. Si adoras el dinero y las cosas, si eso es lo que le da significado real a tu vida, nunca llegarás a tener suficiente. Es la verdad. Adora a tu cuerpo o a la belleza y la atracción sexual y siempre te sentirás fea. Y cuando el tiempo y la edad empiecen a pasar, morirás un millón de muertes antes de que de verdad te lloren definitivamente. En cierto modo, todos lo tenemos claro. Ha sido codificado en mitos, proverbios, clichés, epigramas, o parábolas: el esqueleto de toda buena historia. El truco está en mantener esta verdad al frente de nuestra conciencia cada día» (cit. en RIVAS 2014). Esperemos que Wallace y otros escépticos se hayan equivocado mientras que Lipovetsky –y nuestro optimismo– hayan tenido razón y el Narciso maduro no pertenezca a la estirpe de Godot y –tarde o temprano, pero mejor temprano– de verdad llegue y ponga las cosas en orden.

Referencias bibliográficas

BĚLOHRADSKÝ, Václav (2018), «Věčný návrat historek. K čemu jsou názory v postdějinné době», *Salon* [disponible en <https://www.novinky.cz/kultura/salon/461527-vaclav-belohradsky-vecny-navrat-historek-k-cemu-jsou-nazory-v-postdejinne-dobe.html>, abril 2018].

CASTILLA WILSON, Joanna (2008), «Parodia e intertextualidad: estrategias de comunicación del autor y lector contemporáneos», *Perfiles de la cultura cubana. Revista del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello* 1 [disponible en <http://www.perfiles.cult.cu/article.php?article_id=235>, mayo 2018].

CHALUPA, Jiří (2009), «La novela histórica en la época del posmodernismo español. Una renuncia a la búsqueda de la Verdad o un testimonio de un período de relativismo», en *Studia Romanistica Beliana*, Banská Bystrica: Belianum, 123-133.

CORRAL QUINTERO, Raúl (2007), «Gilles Lipovetsky: Una sociología del presente pos(hiper)moderno», *Casa del tiempo* 1/1, 41-46.

ESLAVA GALÁN, Juan (2010), *De la alpargata al seiscientos*, Barcelona: Planeta.

FRESNEDA, Carlos (2016), «Boris Johnson o la diplomacia del disparate», *El Mundo* [disponible en <http://www.elmundo.es/internacional/2016/07/14/57879d02468aeb3e3c8b462f.html>, junio 2018].

Freud, Sigmund (1979), «El chiste y su relación con lo inconsciente», en: *Obras completas, Tomo VIII*, Buenos Aires: Amorrortu.

Gómez Juárez, Miguel Ángel (2014), «La primera guerra mundial contada para escépticos de Juan Eslava Galán», *El Placer de la Lectura* [disponible en <http://elplacerdelalectura.com/2014/02/la-primera-guerra-mundial-contada-para-escepticos-de-juan-eslava-galan.html>, julio 2018].

Harrer, Andrew (2014), «Obama se confiesa rendido admirador de "House of Cards"», *El País* [disponible en <https://elpais.com/elpais/2014/02/14/gente/1392384047_507272.html>, julio 2018].

Harvey, David (1998), *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires: Amorrortu [ed. orig. inglesa: *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change* (1990), Oxford: Basil Blackwell Ltd.].

Hutcheon, Linda (2000), *A theory of parody. The teachings of Twentieth-century art forms*, Urbana: University of Illinois Press.

Hutcheon, Linda (1993), «La política de la parodia postmoderna», *Criterios*, La Habana, edición especial de homenaje a Bajtín, julio 1993, 187-203.

Jameson, Fredric (1991), *Ensayos sobre el posmodernismo,* Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.

Lipovetsky, Gilles (1986), *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, Gilles (2006), *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona: Anagrama.

Melas, Chloe (2017), «Estrellas de House of Cards dicen que la serie no puede superar la "locura" de Trump», *CNN español* [disponible en <https://cnnespanol.cnn.com/2017/05/11/estrellas-de-house-of-cards-dicen-que-la-serie-no-puede-superar-la-locura-de-trump/>, julio 2018].

Mendoza, Eduardo (2003a), *La aventura del tocador de señoras*, Barcelona: Editorial Seix Barral.

Mendoza, Eduardo (2003b), *Sin noticias de Gurb*, Barcelona: Editorial Seix Barral.

Pavis, Patrice (1998), *Diccionario del teatro. Dramaturgia, Estética y Semiología*, Barcelona-Buenos Aires-México D.F.: Editorial Paidós.

Pérez Oliva, Milagros (2016) «La política espectáculo y el papel de los medios», *El País* [disponible en <https://elpais.com/elpais/2016/11/09/opinion/1478722178_479252.html>, julio 2018].

Pérez-Reverte, Arturo (1993), *La sombra del águila*, Madrid: Alfaguara.

Rivas, Luis (2014), «Literatura: David Foster Wallace y la posmodernidad americana», *Nueva Revista de política, cultura y arte* [disponible en <https://www.nuevarevista.net/revista-lecturas/literatura-david-foster-wallace-y-la-posmodernidad-americana/>, julio 2018].

Rorty, Richard (1979), *Philosophy and the mirror of nature*, Princeton: Princeton University Press.

Ruiz Tosaus, Eduardo (2001), «La Barcelona prodigiosa de Eduardo Mendoza», *Espéculo. Revista de estudios literarios* 19 [disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero19/barcelon.html>, julio 2018].

Ruiz Tosaus, Eduardo (2002), «*Juego, poesía y esperpento en la narrativa de Eduardo Mendoza*», *Espéculo. Revista de estudios literarios* 22 [disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero22/emhumor.html>, julio 2018].

SIGÜENZA, Carmen (2012), «Eslava Galán: Europa se ha suicidado a lo largo del siglo XX», *La Vanguardia* [disponible en <https://www.lavanguardia.com/libros/20121002/54352182514/eslava-galan-europa.html>, julio 2018].

TURNER, Tom (1995), *City as Landscape. A Post Post-modern View of Design and Planning*, London: Taylor & Francis.

TRAVA, Efraín (2010), «La nostalgia posmoderna. El pasado, un recurso renovable», *Revista Replicante. Cultura crítica y periodismo digital* [disponible en http://revistareplicante.com/la-nostalgia-posmoderna/>, julio 2018].

ZAVALA, Lauro (2007), *Ironías de la ficción y la metaficción en cine y literatura*, México: UAC.